



Platicabulo, House of Writers

Free Expression Workshop

FEW-200400000000272

Bálsoma d'os Agros

Tlahtoanzas



La mies en la era, la faena en marcha, toda la logística del proceso activada, la baza que significaba el pan para el siguiente año estaba jugada. Pero... ese día, que comenzó con buen augurio, alumbrado por un sol canicular intenso, empezó de pronto a deteriorarse. Las nubes se fueron reuniendo como si hubieran sido llamadas a capítulo, justo encima de Bálsoma, los truenos, invitados de lujo a animar la anómala función pronto empezaron a hacerse oír, y, por supuesto, los relumbrones de las correspondientes descargas energéticas. El tío Santi, como responsable de todo el proyecto, empezó a mostrar su creciente preocupación mesándose los escasos cabellos que bordeaban su amplio calvero; por lo pronto solo murmuraba maldiciones por lo bajito en un staccato sostenuto. De repente, la primera gota de una nube afectada de incontinenencia irrespetó precisamente la respetable calva de Tío Santi, eligiéndola como lugar de acalvizaje; era una gota gorda, robusta y abundante, que dejó una pequeña piscina, al mezclarse con el bíblico sudor salino de la maldición, brotado del cráneo semidesnudo; ese fue el detalle disparador de la siguiente fase del proceso.

Tío Santi, como emulando a los insistentes truenos, inició entonces una espectacular diatriba con Dios, el causante, por él designado, del desastre que se insinuaba inminente. El tono se volvió cada vez más amenazante, de su parte, llegando inclusive a la exhibición de puño en alto contra ese Señor de las alturas, allá, cielo arriba. La Teoplática solo encontró silencio por respuesta, no hubo represalia en forma de rayo vengador o algo parecido, como todos temíamos, justo aquella despistada gota casi solitaria, junto con escasas otras que no llegaron a causar el desastre en perspectiva, solo aquella gota que rebasó el vaso de la menuda paciencia de Tío Santi; la tormenta siguió volando quien sabe adonde, a molestar a otros, quien sabe quienes.

El tío Santi se declaraba anticlerical, y para todos los efectos gozaba fama de ateo, pero... precisamente, ese día, por mucho que parezca lo contrario, estableció una verdadera conversación de tú a Tú con Dios, sin intermediarios y sin formas predictadas, un rezo pasional, espontáneo, sin ataduras. Dios se hizo el sordo, como siempre, pero seguramente se rió por lo bajito; se reiría, incluso a carcajadas, sobre todo de nuestro susto al pensar en las consecuencias inmediatas o futuras de esa ríspida y asimétrica contienda verbal.

La oración, diría un teólogo moderno, actual, no está limitada a esa repetición de fórmulas tántricas documentadas en los devocionarios para ser repetidas en los templos, sino que puede ser practicada como una forma de reconocimiento de Dios, en cualquier parte, en cualquier tipo de lenguaje, inclusive una interpelación de reclamo y reto airado, de tú a tú, como la de Tío Santi, y como en su momento la sostuvo el bíblico Job. Cuando un cristiano proclama solemnemente "*me l'hago en Dios*", por una razón bien fundada, como es el caso con los tradicionales "juramentos de carretero", no hace otra cosa más que rezar, rezar un rezo proclamador de su patetismo y total indefensión ante algo que desborda su poder y su entendimiento, su capacidad de resolución. Situación equívoca sin duda, la del blasfemo tradicional, quién, ante la falta de palabras para expresarse en forma coherente, está aparentemente retando a su ignorancia, pero más bien pidiendo ayuda, buscando inspiración para la resolución de un problema que ni siquiera es capaz de plantearse.

Teoplática

de

Tío Santí

